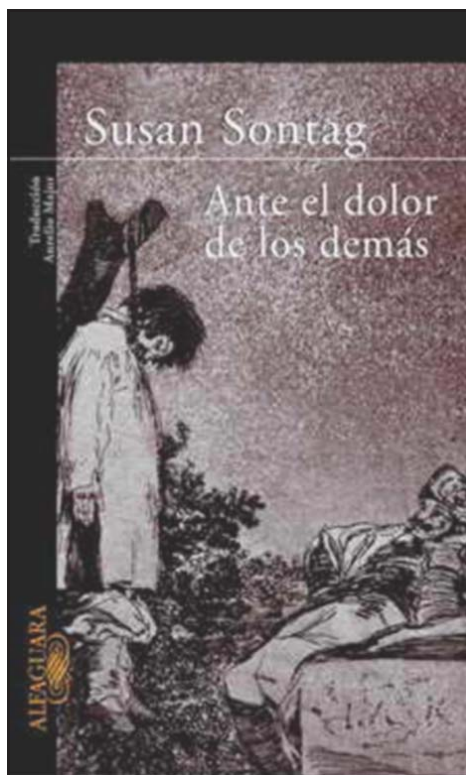


Ante el dolor de los demás

Susan Sontag
Buenos Aires, Alfaguara, 2003

Por María Valeria Álvarez



Ante el dolor de los demás, las preguntas sobran y las respuestas escasean, las preguntas se vuelven insoportables y las respuestas no calman. El texto de Sontag, que se lee casi sin pausa y con una animosidad que solo la autora puede darle desde su altura intelectual, es, podría decirse, la continuación o una suerte de puesta en juego de una pregunta que Sontag ya se había formulado en su libro de ensayos *On photography* (*Sobre la Fotografía*, 1977). Pero el enfoque es diferente y casi contradictorio con la respuesta que ella misma se diera entonces.

Ante el dolor de los demás es un recorrido histórico sobre las representaciones fotográficas de los horrores de la guerra y una suerte de análisis filosófico del lugar del espectador.

Un catálogo de imágenes de guerra son convidadas a recordar, si bien el libro no contiene las imágenes que evoca, al menos en la versión en español, la autora se encarga de brindar una descripción bajo la demoledora pregunta por el otro, y ese otro no es cualquiera sino quien sufre.

Sontag comienza su libro retomando un texto de la escritora inglesa Virginia Wolf, que publicara en 1938 “Tres Guineas”, de allí rescata la pregunta y la respuesta que motiva a Wolf a dar curso a su libro, la pregunta había sido formulada por un abogado londinense a la escritora años antes “¿Cómo hemos de evitar la guerra en su opinión?”, a lo que Virginia comienza admitiendo que un diálogo verdadero entre ellos sea imposible, la brecha es amplia, el es hombre y ella

mujer: “*Los hombres emprenden la guerra, a la mayoría les gusta*”. Veamos, escribe Wolf, si al ver las mismas fotografías sentimos lo mismo (las fotos a los que alude la autora inglesa eran aquellas que iba recibiendo sobre la guerra civil española). Wolf responde y propone una mirada que le valiera el no tan buen recibimiento de dicho libro, no es para menos dice Sontag, ya que, “*propuso un original enfoque sobre algo que se tenía por demasiado evidente o inoportuno para ser mencionado y mucho menos cavilado: que la guerra es un juego de hombres; que la máquina de matar tiene sexo, y es masculino*”. Pero Sontag agregará que la idea que sostenía el libro de la autora inglesa, parece ya carecer de sentido: *evitar la guerra “¿quién cree en la actualidad que se puede abolir la guerra?”*, se pregunta Sontag, a lo cual se responde inmediatamente: “*Nadie, ni los pacifistas. Sólo aspiramos (en vano hasta ahora) a impedir el genocidio, a presentar ante la justicia a los que violan gravemente las leyes de la guerra (pues la guerra tiene sus leyes, y los combatientes deberían atenerse a ellas)*...”.

Por ello el recorrido sobre las representaciones fotográficas no es un recorrido convencional, meramente descriptivo o desaprobatorio, sino un análisis sobre las representaciones fotográficas de las violaciones a los derechos humanos en situaciones de conflictos armados y la incesante pregunta de ¿por qué la guerra?

Pero la respuesta que se bosqueja a lo largo de las 150 páginas no es ingenua, y, como la misma autora lo sostiene, las fotografías de las víctimas de la guerra son en sí mismas una suerte de retórica: *reiteran, simplifican, agitan, crean la ilusión de consenso*.

Esto mismo le reprocha a la narradora inglesa, su rechazo a la guerra no es menos convencional que su retórica, ese “noso-

tros” (asumido por el abogado londinense) que Wolf recusa al comienzo de su libro, acaba perdiéndola.

Por ello agrega Sontag, “*no debería suponerse un ‘nosotros’ cuando el tema es la mirada al dolor de los demás*”.

¿Quiénes son el “nosotros” al que se dirigen esas fotos conmocionantes? Las fotografías, afirma Sontag, son un medio que dota de “realidad” a asuntos que algunos prefieren ignorar, muestran como la guerra expulsa, destruye, rompe, allana el mundo construido; “*el paisaje urbano, sin duda, no está hecho de carne*”. La guerra rasga, desgarrá, destripa, abrasa, desmembra, arruina.

No condolerse con esas fotos (las de la Guerra Civil española); para Wolf, ésa sería la reacción de un moustro moral, dice Sontag, y sostiene: “*No somos moustros, somos integrantes de la clase instruida. Nuestro fallo es de imaginación, de empatía*”. Pero aquí mismo realiza la incomoda pregunta sobre el repudio a la guerra; y piensa en las imágenes que evoca Wolf, y sostiene que aquellas fotografías no muestran la guerra, sino un modo específico de hacerla, repudiar la guerra, en el caso específico de la Guerra Civil española, es apartarse de la política. Para Wolf, la guerra es genérica y las imágenes que describe son genéricas y anónimas.

Aquí también la mirada de Sontag se vuelve incisiva, aguda, y sostiene que la causa sobre la guerra, no se sustenta en la información sobre el *quién, cuándo y dónde*; la arbitrariedad de la matanza incesante es prueba suficiente.

Pero para los que están seguros de que lo correcto está de su lado, la opresión y la injusticia del otro, y que la guerra debe seguir, lo que importa precisamente es quién muere y en manos de quién. “*Para los militares la identidad lo es todo*.”

Las fotografías de cuerpos mutilados pue-

den usarse como lo hace Wolf, para condenar la guerra o pueden ser parte de la realidad a quienes no lo han vivido nunca, sin embargo *“quienes acepten que en un mundo dividido como el actual la guerra puede llegar a ser inevitable, e incluso justa, las fotografías no ofrecen prueba alguna, salvo para quienes los conceptos de valentía y sacrificio han sido despojados de su sentido y credibilidad”*.

Sontag continúa el texto complejizando aquella primera pregunta sobre la guerra, afirmando que la índole destructiva de la acción bélica no es argumento suficiente en contra de la guerra, a menos que se crea que la violencia es *“siempre injustificable, que la fuerza está mal siempre y en toda circunstancia”*.

Son múltiples los usos para las incontables oportunidades que depara la vida moderna de mirar, con distancia, el dolor de otras personas. Las imágenes sobre atrocidades de la guerra no eran abundantes en el invierno en que Virginia Wolf escribió su libro; hoy la realidad es completamente distinta.

Ser espectador de calamidades que tienen lugar en otro país es una experiencia intrínseca de la modernidad; las imágenes sobre atrocidades se han ido convirtiendo en entretenimiento doméstico de la pequeña pantalla; en un era de carga informativa, la fotografía ofrece un modo expeditivo de comprender algo y un medio compacto de memorizarlo. *“La fotografía es como una cita, una máxima o un proverbio”*.

Se supone que una fotografía no evoca sino muestra, por ello a diferencia de una imagen hecha a mano, por ejemplo la serie de ochenta y tres grabados de Goya *“Los desastres de la guerra”*, una fotografía se puede tener como prueba. Pero ¿prueba de qué? Y aquí Sontag dice que *“todo el mundo es literal cuando de fotografía se trata”*.

Pero la autora insiste sobre ésta idea: la fotografía *“no puede ser la mera transparencia de lo sucedido. Siempre es la imagen que eligió alguien; fotografiar es encuadrar, y encuadrar es excluir”*. Y aquí también intervienen los gobiernos, la censura, la autocensura, lo que queda *“afuera”* también representa, lo que *“aparece”* por ausencia igualmente es un grito que puede esgrimirse como denuncia. Las guerras que cuentan con sus imágenes, y asimismo esas otras que no tienen las suyas, la de su sufrimiento.

Y por otro lado, remarca la ubicuidad de esas fotografías, de esos horrores que no hacen otra cosa que confirmar la creencia de que ciertas tragedias son inevitables en las regiones *“ignorantes y atrasadas del planeta”*, es decir, pobres. Por ello la autora agrega con ironía: *“Las exhibiciones fotográficas de las crueldades inflingidas a los individuos de piel más oscura en países exóticos, olvidan las consideraciones que nos disuaden de semejante presentación de nuestras propias víctimas de la violencia; pues al otro, incluso cuando no es un enemigo, se le tiene por alguien que ha de ser visto. No alguien (como nosotros) que también ve”*.

Y las preguntas no acaban. ¿Quiere la gente que la horroricen? (con imágenes) Probablemente no. Las fotografías de lo atroz ilustran pero también corroboran.

Las fotografías del sufrimiento son más que el recordatorio de muerte, invocan la supervivencia, todo pueblo que ha sido víctima quiere un Museo de su Memoria. Pero, *¿por qué no existe en Estados Unidos un Museo sobre la Memoria de la Esclavitud?*, se pregunta y también inmediatamente se responde: *“Al parecer es un recuerdo cuya activación y creación son demasiado peligrosas para la estabilidad social”*.

Sontag terminará redoblando la pregunta por la que comienza Wolf y disparará a la manera de la cámara del fotógrafo las suyas propias: “¿Hay un antídoto a la perenne seducción sobre la guerra? ¿Es más posible que esta pregunte se la formule una mujer que un hombre? (Probablemente sí.) ¿Podemos llegar a movilizarnos activamente en contra de la guerra por una imagen (o un conjunto de imágenes)...”.

“¿Por qué habrían de buscar nuestra mirada?”, y aquí en una suerte de círculo, pero no de cierre sino de espiral, vuelve al principio y contesta: “‘Nosotros’ es todo aquel que nunca ha vivido nada semejante a lo

padecido por ellos. No nos cabe pensarlo. No podemos imaginar lo espantosa que es la guerra; y cómo se convierte en normalidad. No podemos entenderlo. No podemos imaginarlo. Es lo que cada soldado, cada periodista, cooperante y observador independiente que ha pasado tiempo bajo el fuego, y ha tenido la suerte de eludir la muerte que ha fulminado a otros a su lado, siente con terquedad. Y tiene razón.

Y Sontag tiene razón al detenerse en este lugar del mirar y hacernos sentir la obligación de pensar en lo que implica dicha acción, en la capacidad efectiva de asimilar aquello que miramos: el dolor de los demás.